## "Voces de la Guerrero"

**Realizado por Adrián Arce, Diego Rivera, Antonio Zirión y la banda callejera de la colonia Guerrero**

**México, 2004, 52 minutos.**

***Primeras Jornadas de Antropología Visual, 2005.***

Este documental muestra algunos resultados y experiencias de un taller de fotografía y video impartido a un grupo de chavos callejeros que habitan en las calles de la colonia Guerrero, en el centro de la Ciudad de México. Además de ser los personajes centrales de esta película, estos chavos son, en buena medida, también sus relizadores.

Comentario de Jorge Ayala Blanco.

---

## La filmobanda chida

**por Jorge Ayala Blanco**

En el documental–experimento social *Voces de la Guerrero* del comunicador peruano–mexicano Adrián Arce, el productor de medios audiovisuales también mexicano aunque parcialmente formado en otros países Diego Rivera y el etnólogo y antropólogo visual mexicano Antonio Zirión —otros videofilmes del equipo:
*Chido mi banda, chido mi barrio*
, 2002;
*De la Merced a Chalma*
, 2003—, con guión conjunto y montaje de los dos primeros, funge como codirectora la banda callejera de la colonia Guerrero, sólo nominal, perentoria y efímera, inexistente como tal, formada por muchachos marginales que viven en la calle dentro de ese barrio bravo y chido de la Ciudad de México. Como trabajo social comunitario, el experimento consiste en adiestrar a los chavos banda en el manejo de una cámara de video que luego se les proporcionará para que filmen lo que más les interesa o sencillamente les llame la atención dentro de su ámbito callejero. El videofilme resultante tendrá la apasionante oportunidad de mostrar a esos chavos violentos e ignorantes filmando por todos lados lo que se les ocurre, tanto como aquello que filman de la manera más azarosa.

Mucho más, muchísimo más, que un documental tradicional «sobre los resultados y experiencias de un taller de fotografía y video impartido a un grupo de chavos callejeros en la ciudad más grande del mundo», en el cual, «además de ser los personajes centrales, esos chavos son, en gran medida, también los realizadores», tal como definen sus propios directores la especificidad de la cinta a guisa de prólogo al interior de ella, premiada con el Premio José Rovirosa, otorgado por la UNAM al mejor documental en 2004. El decir y lo dicho por el mismo precio. La factura y el producto en un sólo impulso, al interior del cine como una forma de participación social y rehabilitación–reintegración de los seres marginales. Lo más elaborado,

abstracto y sofisticado va a coexistir al mismo nivel con lo más básico, abrupto y concreto. O dicho de otro modo menos positivo y alentador, Voces de la Guerrero se dedica a mironear mirones, a voyeurizar voyeuristas, pues ¿para que toque de a menos el voyeurismo, o para que se multiplique? durante casi una hora. Ante la imposibilidad de combatir individualmente en forma eficaz el fenómeno de la migración, y ante el conformismo académico de simplemente estudiarlo, sin posibilidad alguna de aportar soluciones estructurales viables, ni de intervenir realmente en ellas, surge una forma de activismo fílmico, dotador de testimonios candentes desde el interior y desde la palpitante superficie genuina, proveedor de productos emocional y estéticamente válidos. Un activismo nada caritativo y menos ingenuo o vampirizador, o incoherente y vil que el del largometraje documental Niños de la calle de Eva Aridjis (2003), porque la tripleta Arce–Zirión–Rivera se aboca, ante todo, a desmitificar y por ende a exhibir el papel supuestamente sagrado e imparcial de quien ve y filma. Surge un nuevo tipo herético de cine directo que se plantea una distancia enorme, abismal, entre filmadores y filmados, expuestos, cuestionados, e impidiendo a ambos el habitual recurso de abismarse.

¿Y si al Jaibo, al Pedro y al Ojitos les hubieran proporcionado cámaras de cine para que se filmaran filmando su entorno de manera hierática, y ya no paternalista, truculenta, miserabilista y sermoneadora? Sujeto participante en el drama, ya no objeto pasivo de la ficción. Pero, ¿de todos modos Jaibo, Pedro u Ojitos te llamas en la corte de los milagros? A final de cuentas, en primera y en última instancia ¿qué es lo que filman los chavos de la Guerrero? ¿Qué llama tan poderosa e irresistiblemente su atención? ¿Qué consideran digno de ser registrado, conservado y eternizado? La mirada en torno suyo, los seres embotados y las criaturas monstruosas que pueblan su inframundo, los indigentes y chemos como ellos que los rodean, o ellos mismos vueltos objetos, en avanzado o sumo grado de descomposición física y mental. Su abandono es gregario, ni modo, y asimismo su horizonte.

Más allá del sensacionalismo a lo cine popular tipo Pandilleros–Olor a muerte 2 de Ismael Rodríguez hijo (1990) y de cualquier forma de complacencia espontánea, por encima de todo rollo explícito/implícito y cualquier examen–investigación de quiénes son hoy Los Olvidados (Luis Buñuel, 1950) en El camino de la vida (Alfonso Corona Blake, 1956) o Los hijos de la calle (Roberto Rodríguez, 1950) en su auténtica vida diaria y qué relación guardan con la droga —pegamento/activo, mariguana/mota, piedra/crack— y demás, lo que hemos de contemplar en la pantalla será un ensayo de creación colectiva en barrios de la soledad y la indefensión absolutas, desde el punto de vista y el habla de ojos con voz propia que han dejado de ser anónimos. En el rincón menos pensado y en la esquina más expuesta, empezando por la entrada a la estación del Metro Guerrero, cual torre–minarete siempre erecta, centro neurálgico y eje de toda acción en ese hervidero humano, donde nos recibe micrófono en mano un mozo mohoso bajo el logo de la estación, entre desvariante y animado «Compartimos el mismo piso, la misma calle, la misma droga, pero eso de la droga vamos a dejarlo punto y aparte».

## Trailer

http://www.youtube.com/watch?v=ug_sOExBj00&feature=channel_page